

**DIÁLOGO 6:
FÓRMULAS DE DESARROLLO CON SOSTENIBILIDAD**

A continuación, se presenta una versión editada de la conversación sostenida por algunos de los miembros del comité de redacción de la revista con los economistas e investigadores Sebastián Claro Edwards, académico de la Universidad de los Andes, y Hermann González, coordinador macroeconómico de Clapes UC. La conversación se llevó a cabo el 6 de octubre de 2022 en dependencias del Magíster LLM UC.

PARTICIPANTES

Sebastián Claro Edwards
Hermann González
José Luis Cea Egaña
Nicolás Cobo Romaní
Francisco Blavi

6 de octubre de 2022

<https://doi.org/10.7764/rda.o.10.56413>

SEBASTIÁN CLARO

Quiero primero agradecer la invitación a este conversatorio. En particular, agradezco la invitación de don José Luis, con quien me tocó trabajar muy de cerca en el Banco Central cuando él era el presidente del Comité de Auditoría y yo era miembro del consejo y vicepresidente.

Quisiera hacer cuatro referencias, de manera de poder después intercambiar ideas y profundizar en algunas de las cosas que se puedan decir acá.

Lo primero, qué es la sostenibilidad. Es una pregunta tan amplia y compleja. Yo lo veo como un principio, un objetivo, un deseo de tener un desarrollo y una vida sostenible. Pero la sostenibilidad y muchas de las ideas que voy a entregar acá están efectivamente recogidas en el libro editado con Jaime Arancibia, *Sostenibilidad y participación en una nueva constitución*, donde se reunieron cerca de veinte intelectuales, expertos, dentro de los cuales estaba don José Luis, para reflexionar sobre estos temas.

La Declaración de Naciones Unidas es interesante por la lógica que plantea sobre qué es el desarrollo sostenible. Allí se plantea que se refiere al «desarrollo como la búsqueda de un progreso social y económico que asegure a los seres humanos una vida sana y productiva, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer sus propias necesidades».

¿Por qué creo que es interesante esta pequeña definición? Porque, por una cierta distorsión, nuestro primer acercamiento a la palabra *sostenibilidad* dice relación con el ambiente, y es muy válido que así sea. Pero la sostenibilidad, entendida de esta manera, es un principio multidimensional, que se relaciona con un montón de materias, entre las cuales está la dimensión ambiental, posiblemente la primera referencia que mucha gente pudiera tener. Pero es solo una de las referencias a las cuales uno debiera acercarse, porque comprende varios ámbitos. Estoy hablando de temas fiscales, crecimiento económico sostenible, pensiones, organización territorial y un montón de dimensiones. Eso es un primer punto. Estamos ante un problema multidimensional, no unidimensional, como muchas veces se quiere sobresimplificar, a riesgo de cometer errores.

Lo segundo es que cada una de estas dimensiones es muy compleja en sí misma. Es decir, discutir sobre el problema ambiental, sobre cómo compatibilizar y cómo enfrentarse a la necesidad de gozar del medioambiente, pero permitir que las generaciones futuras también gocen del medioambiente, es un problema muy complejo. Pero lo mismo se aplica a las otras dimensiones. Por ejemplo, en los temas fiscales, la necesidad de recursos, especialmente

en sectores más pobres de la población, es muy grande; pero, so pretexto — llamémoslo así— de hacerse cargo de esos problemas, se puede hipotecar el desarrollo y los problemas futuros. Es más, casi silenciosamente, se puede cargar a los mismos que se benefician con una mochila de deuda gigantesca, porque van a ser ellos, los adultos, los generadores de recursos, quienes van a tener que enfrentarla.

La interacción entre estas dimensiones es también muy compleja. Estos no son compartimientos estancos que puedan ser de alguna manera discutidos y enfrentados de manera individual, sino que hay una gran interrelación. Podríamos nombrar las obvias, por ejemplo, en qué medida la sociedad podría querer privilegiar el progreso económico y social de las generaciones actuales a costa de un sacrificio del medioambiente muy grande para el futuro. Ese es un *trade off* muy nítido en este aspecto.

Ahora, la dimensión que cobra más relevancia es la medioambiental. En ella se ha ido apoderando de la discusión una visión más bien absolutista del medioambiente. La discusión sobre, por ejemplo, derechos de la naturaleza, tiende a entregarle a la naturaleza una especie de derechos absolutos sin reconocer adecuadamente, por una parte, que la naturaleza *per se* es dinámica, es cambiante, se ajusta a la realidad. Y tampoco refleja adecuadamente los *trade offs* que en una visión tan absoluta y rígida del cuidado de la naturaleza se puede tener respecto del mismo crecimiento económico, del desarrollo económico. Así como el desarrollo económico sin ningún cuidado de la naturaleza no es sostenible, el cuidado absoluto de la naturaleza sin ninguna referencia o significancia económica tampoco es sostenible. Un ejemplo: hay una serie de trabajos interesantes citados en el libro respecto de cómo los economistas empezaron a ver, de alguna manera, este *trade off* en los años setenta, en los ochenta, cuando comenzaron a decir cómo la sociedad debe sopesar adecuadamente lo que es, por ejemplo, un proyecto que afecta a la naturaleza, pero que con compensaciones adecuadas puede ser capaz de generar un retorno que aumenta, por ejemplo, las posibilidades de educación de vastos sectores de la población. Eso es, entrecomillas, poco sostenible desde un punto de vista ambiental, aunque tenga las mitigaciones adecuadas, pero abre una tremenda posibilidad a las generaciones futuras.

Entonces, es importante considerar cómo la institucionalidad se hace cargo de este tema, cómo la economía pondera costos y beneficios de cada uno en sí. Un gran riesgo en el debate actual es mirar esto de manera muy absoluta y, por lo tanto, no sopesar adecuadamente los costos y beneficios de esta tensión que se produce.

Lo tercero es que, aunque estemos de acuerdo en que acá estamos frente a distintos bienes que compiten entre sí, por decirlo de alguna manera, y, por lo tanto, no es difícil administrar la entrega de estos bienes, es clave que la institucionalidad del país sea capaz de evaluar adecuadamente estos puntos. Es decir, nosotros podemos tener una sesuda discusión del problema ambiental, de la dimensión fiscal de la sostenibilidad o de su dimensión territorial, pero quizás lo más importante es que, finalmente, la institucionalidad política del país sea capaz de manejar estos *trade offs* para buscar de manera adecuada el beneficio de las generaciones actuales sin sacrificar el beneficio de las generaciones futuras. Es en este diseño institucional donde se juega en verdad la solución a este problema.

Dos ejemplos. Uno está recogido en el libro: hay un capítulo del profesor Francisco Gallego en que se discute sobre los «chalecos amarillos» en Francia. ¿Cómo surge ese debate y la tensión social del fenómeno? Bueno, de un aumento en impuestos verdes al combustible, que es reclamada con fuerza por grupos de personas de clase media, seguramente, que ven un aumento muy sustantivo de los costes en sus fuentes de trabajo, en sus fuentes de transporte. Por lo tanto, un perjuicio muy grande en su calidad de vida actual. Ambos, entre comillas, tienen algo de razón. Los grupos actuales ven con mucha dificultad el aumento que esto puede significar en los costos de los combustibles y en su nivel de vida, de ellos y de sus hijos; pero, al mismo tiempo, hay una implicancia de mediano plazo y, por lo tanto, quien está llamado a equilibrar, a arbitrar esto, es el sistema político. Y si el sistema político no está bien estructurado o no tiene los incentivos correctos, la solución va a ser mala. O sea, no podemos desconocer que hay dos bienes en juego y que alguien, la institucionalidad y el sistema político, es quien finalmente tiene que tener los incentivos para arbitrar de manera adecuada.

Otro ejemplo es el que estamos viviendo hoy: el aumento del precio de la energía. La guerra en Europa ha hecho volver a la carbonización de la matriz energética. Nos hemos llevado años discutiendo por las energías verdes: Alemania se mueve fuertemente a las energías verdes, hacia la descarbonización; China promete una gran descarbonización, y lo que hay que hacer es retroceder. ¿Y por qué hay que hacerlo? Porque en algunos casos es inviable, simplemente no está la fuente energética; y en otros, es carísimo retroceder. Por lo tanto, la solución fácil, entre comillas, es decir: «Bueno, el Fisco tiene que meterse la mano en el bolsillo para subsidiar esto cuando el costo es demasiado grande, cuando se espera que el *shock* sea suficientemente persistente». Entonces, tampoco es una solución fiscalmente viable.

Estos son tan solo ejemplos de cómo se entrelazan las distintas dimensiones. Es fundamental que el diseño institucional sea adecuado para poder analizar esto, considerar todas las dimensiones y equilibrar lo que inevitablemente es un ejercicio muy difícil de resolver.

¿Qué sugiere la literatura? Brevemente: la literatura sugiere que la institucionalidad política y pública necesita contrapeso. Cuando no existe contrapeso o los contrapesos institucionales son débiles, entonces la posibilidad de que un grupo de interés domine por sobre los otros es gigantesca. Entonces, a propósito del debate constitucional en el cual estamos, una de las grandes debilidades de la propuesta era que la institucionalidad tenía muy poco contrapeso. Eso tiene un montón de implicancias, pero una de esas es que no se haga cargo de manera adecuada de estos *trade offs* que inevitablemente aparecen cuando hablamos en profundidad del tema de la sostenibilidad.

El segundo, relacionado con lo anterior, es la importancia de tener un sistema político que, escuchando a las minorías, tienda a privilegiar la formación de grandes bloques en las grandes materias, porque si no terminamos siendo esclavos del derecho a veto de grupos pequeños.

Entonces, hay un equilibrio muy difícil de lograr entre las minorías, que por supuesto tienen que ser muy protegidas en democracia —posiblemente la democracia es un sistema que tiene, dentro de sus principios fundamentales, la protección de las minorías—; pero esta protección no debe significar, en algunos casos, un derecho a veto que simplemente paralice el quehacer institucional y la toma de decisiones porque haya un grupo minoritario que se ancla a alguna demanda muy identitaria. Ese es un tema de gran dificultad en el diseño institucional.

En el tercer punto, que también es complejo —yo diría que es políticamente muy incorrecto—, es que hay que buscar un buen equilibrio entre lo que se llama la democratización y la politización —en el buen sentido de la politización de las instituciones— *versus* una estructura institucional que verdaderamente logre incorporar los elementos técnicos en las decisiones. Hoy, el tecnicismo, la tecnocracia, está un poquito de capa caída, por decirlo de alguna manera, en contraste con una visión más democratizadora de todo. Se dice: «No, los técnicos viven en una especie de Olimpo, lo que hay que hacer es llevar las decisiones a la gente». Pero el problema es que las decisiones de las personas, muchas veces, y de los políticos para qué decir, tienden al cortoplacismo. El objetivo del político es su reelección. Y la tensión que enfrentamos todos, muchas veces, también es una tensión de corto plazo. Las tasas de descuento altas, como diríamos los economistas, tienden a olvidarse un poco

del futuro en beneficio del presente y el problema es que eso no es sostenible en un montón de dimensiones —en la dimensión fiscal, en las futuras pensiones, en las mismas dimensiones territoriales—. Entonces, ¿cómo incorporar de manera adecuada la técnica que, presumiblemente, va a tender a equilibrar de mejor manera estos objetivos de mediano plazo? Cuando las instituciones, a lo mejor, son exclusivamente técnicas y no toman en cuenta la realidad política, se terminan alejando de la vía pública y acaban no siendo sostenibles. La técnica tiene que conversar con la política. Pero cuando la técnica se elimina en favor de la política, entonces creo que aparece con mucha fuerza un privilegio de decisiones de corto plazo que inevitablemente van en detrimento de la sostenibilidad hacia adelante.

Hay un cuarto punto sobre el cual yo he reflexionado menos. Hay acá dos capítulos muy interesantes, uno de Carlos Peña, otro de Sylvia Eyzaguirre, sobre la diversidad. Las sociedades actuales son muy diversas. A lo mejor la sociedad siempre fue muy diversa en intereses, en estilos de vida, en objetivos, pero, por lo menos en los últimos años, con el desarrollo económico, con la integración de las redes sociales, etcétera, esa diversidad se ha hecho mucho más patente y, por lo tanto, ha aparecido con mucha más fuerza una pregunta que a lo mejor antes estaba más escondida —o menos clara—: ¿cómo convivimos en la diversidad? Si no arreglamos ese problema, entonces es muy difícil generar un desarrollo sostenible.

Acá comunican también dos bienes: el objetivo de decir, «mira, este es mi estilo de vida, estos son mis objetivos, esta es mi identidad, quiero hacerlo de esta manera»; pero la sociedad también tiene que construirse en torno a ciertos mínimos comunes. Sin esos mínimos comunes, la democracia y la institucionalidad pierden legitimidad. ¿Cómo lograr ese engrudo social, llamémoslo así, en sociedades tan diversas? Es una tremenda pregunta, que no es exclusiva de Chile, es global. En Europa y Estados Unidos esta tensión es de tal magnitud que, finalmente, grandes grupos más conservadores, con un corte más nacionalista, surgen en respuesta a esta visión de que en verdad estamos perdiendo ciertos valores comunes. Entonces, hay una cuestión más fundamental de cómo se construye una democracia que reconcilie la diversidad con ciertos valores comunes que nos hagan a todos pertenecer a una identidad común. Entonces, cómo inducir la cooperación y la conciencia compartida.

El desafío es que la sociedad, la institucionalidad, debe evolucionar hacia reconocer estas identidades, a estos grupos; pero, al mismo tiempo, esa sociedad, su sistema democrático, tiene que ir más allá de la suma de las partes para que sea sostenible. Tenemos que encontrar mínimos comunes. La violencia finalmente es fruto de un *detachment*. Necesitamos un sentimiento

de conjunto o de identidad con los demás. Es un desafío gigantesco. Hoy las identidades están tremendamente sobrerrepresentadas, eso tiene implicancias no solo por la posibilidad de que las identidades específicas capturen las políticas públicas, sino también porque nos pueden hacer perder un sentido de identidad. Finalmente, el funcionamiento de un país y de una sociedad es inviable si no construimos ese elemento común.

JOSÉ LUIS CEA

Muchísimas gracias, Sebastián. Interesantísima exposición. Muchas inquietudes e interrogantes. Hermann, ¿quisieras continuar?

HERMANN GONZÁLEZ

Muchas gracias por la invitación para hablar sobre este tema tan interesante. Confieso que es un desafío mayor hablar después de Sebastián, tengo varias coincidencias con él, pero, sin perjuicio de ello, quiero proponer algunas ideas que pueden servir de complemento a lo que se acaba de exponer.

Yo también partí buscando alguna definición y fui al *Diccionario de la lengua española*. En esta fuente, el concepto de *sostenible* hace referencia a la ecología y a la economía, y en particular se refiere a «algo que se puede sostener durante largo tiempo sin agotar los recursos o causar graves daños al medioambiente». En general, es un tema de recursos. ¿Qué hacemos con recursos que son escasos? Por lo tanto, vamos directamente al problema económico. Tanto si uno lo mira desde el punto de vista de las políticas públicas como si lo hace desde el medioambiente, al final es un tema de escasez de recursos, que es la base del problema económico.

A continuación, cuando uno mira los objetivos de desarrollo sostenible, que son esfuerzos por sistematizar las distintas ideas que hay que empujar para un desarrollo sostenible en el mundo, encuentra que hay un relativo acuerdo entre distintos países. Estos son objetivos que se establecieron el 2015, que apuntan al 2030, y que contemplan 17 objetivos y 169 metas. Ahí quiero tomar un punto que mencionó Sebastián, que es bien interesante: los objetivos de desarrollo sostenible son económicos, sociales y ambientales, no son solo ambientales. Parece que muchas veces, en la discusión sobre desarrollo sostenible, hablamos del medioambiente. Pero ciertamente, cuando uno mira el primer objetivo, ve que es el fin de la pobreza. El octavo objetivo es el trabajo decente y el crecimiento económico. Es decir, los 17 objetivos tienen una dimensión no solo medioambiental, sino también económica y social. Y,

por lo tanto, los economistas debemos destacar estos temas y contribuir a la inclusión de ellos y no ceder frente a las presiones de grupos que protegen determinados intereses en esta materia.

Lo segundo que quería decir respecto de esto es que Sebastián se refirió específicamente a esta dimensión multidimensional, y yo quería agregar también que el desarrollo sostenible tiene una dimensión intergeneracional. O sea, *a contrario sensu* de la visión de corto plazo, cuando uno habla de sostenibilidad habla de largo plazo y de nuestros hijos y nuestros nietos, de las generaciones futuras, lo cual hace que este sea un tema particularmente complejo si uno piensa en especial en su dimensión política. La política, también lo señaló Sebastián, tiene una visión cortoplacista, los incentivos muchas veces están puestos, en el caso de Chile, para un período de cuatro años de Gobierno, que muchas veces tiene que concentrar sus principales medidas en los primeros dos años, luego el tercero es de campaña y el cuarto es de salida. Dado esto, resulta difícil tener esta visión más de largo plazo, intergeneracional, en las políticas públicas.

Sin embargo, cuando uno habla de desarrollo sostenible y esta visión medioambiental o climática, sabemos que la contaminación ambiental es el mal que más años de esperanza de vida le quita a la humanidad, incluso por sobre el consumo de tabaco, el alcohol o las drogas. Por lo tanto, efectivamente, el tema ambiental es un tema del cual hay que preocuparse. Entonces, debemos empatizar con esa preocupación por el medioambiente, me parece que es un tema relevante.

La pregunta, desde mi punto de vista, es cuál es el impacto o la relación que uno hace entre ese daño al medioambiente y el daño a la salud y la economía. Y mirando algunos indicadores, uno se da cuenta de que por mucho tiempo hubo una correlación bien estrecha entre crecimiento económico y emisiones y, por lo tanto, daño a la salud. En Chile todavía ocurre eso. En algunos países emergentes, también. Pero la evidencia de los países desarrollados muestra que ellos han sido capaces de desvincular las emisiones contaminantes del desarrollo económico. Hacia allá tenemos que mirar como país, no pensar en dejar de crecer para emitir menos y dañar menos la salud, sino cómo hacemos compatible el crecimiento económico y el desarrollo, la reducción de la pobreza y la creación de empleos de calidad con la reducción de las emisiones, tal como hacen los países desarrollados.

Al respecto, una nota al margen. El presidente de Colombia recién electo revivió el concepto de *decrecimiento*, un concepto de los años setenta, como opción o como respuesta a este desarrollo sostenible. Estoy muy en desacuer-

do con este planteamiento, principalmente por la evidencia que tenemos de los países desarrollados, en el sentido de que es posible avanzar hacia el desarrollo sin decrecer, sino que creciendo y mejorando la calidad de vida de la población.

Después, quiero hablar de dos temas y me voy a centrar, en lo general, en la dimensión de las finanzas públicas, que es mi especialidad.

Al principio de mi presentación hablé del tema político y de la necesidad de tener una mirada de mediano y largo plazo en las finanzas públicas. Me tocó participar en el Gobierno del entonces presidente Piñera y formar parte de uno de los grandes acuerdos nacionales que se convocaron. Me refiero, en particular, al Acuerdo por el Desarrollo Integral de Chile, que fue un acuerdo que reunió a gente experta, académicos, gremios de distintos sectores en busca de acuerdos transversales importantes para que las políticas públicas sean sostenibles en el tiempo. Para dar sostenibilidad en el tiempo a las políticas públicas se requiere diálogo, acuerdos. En la coyuntura por la cual atraviesa Chile, este es un tema muy importante. Estamos en un proceso de reformas estructurales, en que se discute una reforma tributaria, se va a discutir una reforma de pensiones, la reforma constitucional; y, por lo tanto, la forma de lograr políticas públicas que se sostengan en el tiempo es sobre la base de acuerdos amplios. Esto no lo hemos logrado en el tema tributario, por eso en cada Gobierno estamos discutiendo una reforma tributaria, incluso, sin que se alcance a aprobar o implementar plenamente la reforma anterior.

También coincidí con Sebastián en que estos acuerdos, además de ser transversales, requieren respaldos técnicos —quizás más adelante podamos conversar al respecto—, pero creo que es necesario que los técnicos también hagamos alguna autocritica —algunos más que otros— respecto al rol que hemos desempeñado en las últimas discusiones. Me refiero a cuando se confunde el rol de un técnico con las preferencias políticas. Eso es algo que hay que tratar de subsanar, porque, efectivamente, ha jugado en contra en las opiniones técnicas en el último tiempo.

Un tema adicional al que quería referirme es la sostenibilidad en las finanzas públicas. Y acá les quiero comentar que formo parte del Consejo Fiscal Autónomo. Como consejo, tratamos de entregar información, aportar al debate constitucional, y entregamos un documento, pero no fuimos invitados a participar del debate. En el documento que preparamos, el principal mensaje que queríamos dar era la importancia de la sostenibilidad en las finanzas. Y, precisamente, la analogía que ocupamos es la sostenibilidad del medioambiente, porque consideramos que es una comparación adecuada. Cuando uno habla

de la sostenibilidad de las finanzas públicas, que puede parecer un concepto lejano, difícil de entender, básicamente lo que está diciendo es que tengamos cuidado con gastar hoy los recursos sin mirar y sin pensar en el impacto sobre las generaciones futuras.

Existe bastante literatura que muestra que la sostenibilidad fiscal es positiva para el crecimiento económico, para mantener bajas tasas de interés. Pero, además, y este es un tema que como Consejo Fiscal quisimos empujar con mucha fuerza, dice relación con la capacidad de dar sostenibilidad en el tiempo a las políticas sociales. Si un Gobierno decide gastar hoy los recursos más allá de sus capacidades, y endeudarse para eso, bueno, el riesgo más grande al que se enfrenta es que las políticas sociales que se implementen con esos recursos no se puedan sostener en el tiempo. Por otro lado, un exceso de gasto o un manejo fiscal insostenible puede llevar a que no tengamos recursos para hacer frente a emergencias futuras o no tengamos acceso a financiamiento para enfrentarlas. El súper ciclo del cobre de principios de los 2000 nos permitió ahorrar recursos, y esos recursos son los que hemos usado en las últimas dos grandes crisis, la crisis financiera internacional y la crisis del covid-19; pero hace veinte años que no tenemos superávit fiscal y que no tenemos capacidad de ahorro y, por lo tanto, esos ahorros se van acabando.

Por lo tanto, consideramos que la sostenibilidad fiscal es un tema relevante que tenía que estar presente en el debate constitucional. En esta línea, el artículo 183 de la propuesta de Constitución que se rechazó decía algo en el siguiente tenor: «Las finanzas públicas se conducirán conforme a los principios de sostenibilidad y responsabilidad fiscal, los que guiarán el actuar del Estado en todas sus instituciones y en todos sus niveles».

Pese a este avance, en el contexto del debate constitucional es importante también la coherencia entre las normas, y vimos que en la propuesta había un conjunto de normas que eran inconsistentes con este principio de responsabilidad y de sostenibilidad fiscal. Me refiero al financiamiento de las garantías sociales, al final de la iniciativa exclusiva en materia de gasto por parte del Ejecutivo y a la posibilidad de que los gobiernos regionales pudieran emitir deuda y crear empresas públicas, por poner algunos ejemplos. Entonces, al final, si bien se incorpora este principio de sostenibilidad fiscal, el texto como un todo era incoherente en materia de sostenibilidad. De hecho, hay estimaciones de académicos que apuntaban a que el costo fiscal directo de implementar esta reforma podía llegar a 14 puntos del PIB anuales en régimen, una cifra enorme que, desde todo punto de vista, es imposible de financiar. Esperamos que estos problemas no se repitan en el debate constitucional que comienza.

Yendo al corto plazo —y para pasar luego a las palabras finales—, también el Consejo Fiscal hace unos días publicó, cumpliendo su mandato legal, una serie de ejercicios de sostenibilidad de la deuda pública; y lo que vemos en esos ejercicios es que, si bien hay un escenario base en que la deuda pública es sostenible, hay escenarios en que la deuda puede tener una dinámica que no es sostenible. Dos ejemplos de ello son, por un lado, si es que no se consolidan las cuentas fiscales, si no se vuelve a una situación de balance estructural a partir del déficit que tenemos hoy; y por el otro, si la reforma tributaria actualmente en discusión en el Congreso no recauda lo estimado y se comprometen gastos antes de contar con los recursos.

Nosotros simulamos, por ejemplo, un escenario en que el déficit estructural se mantiene en el promedio de los últimos diez años, que es el 2% del PIB de déficit, que no parece una cifra muy grande —de hecho, la meta del próximo año es un déficit de 2,1%—. Si no cerramos ese déficit, nuestras estimaciones son que en los próximos cinco años la deuda pública superará los niveles prudentes y crecerá sostenidamente.

¿Cómo aterrizamos eso al día a día? Bueno, el gasto público en intereses es cercano a un punto del PIB, o sea, del orden de USD 3.000 millones anuales. En nuestras estimaciones llega hasta cinco puntos del PIB, y esos básicamente son recursos que hoy se gastan en políticas públicas, en políticas sociales, y que no estarían disponibles porque tendrían que destinarse al pago de intereses.

Un segundo ejercicio, relacionado también con la contingencia, es qué pasa con la reforma tributaria si se comprometen gastos para financiar con ella, pero esta recauda, por ejemplo, 80% de la recaudación que se estima en el proyecto. Bueno, ahí también la deuda pública se hace insostenible, supera los niveles prudentes a partir de 2030, crece sostenidamente y el gasto en intereses se eleva sobre 5% del PIB por año.

Entonces, si bien hoy esas trayectorias no son el escenario base en nuestro país, son escenarios de riesgo y hablan de la importancia de mantener la prudencia fiscal. Puede parecer muy urgente gastar en una serie de cosas, pero si gastamos de forma irresponsable e insostenible, las generaciones futuras van a tener peor calidad de vida, menor calidad de servicios públicos, y esa es la esencia de la sostenibilidad en materia fiscal.

Déjenme terminar con algunas ideas finales. Lo primero, resaltar que el desarrollo sostenible tiene dimensiones económicas, sociales y ambientales, es importante que eso esté permanentemente en la discusión pública. En segun-

do lugar, quiero decir que, desde el punto de vista económico, el desarrollo sostenible es lo contrario al populismo y, por lo tanto, esa es una amenaza que debemos enfrentar con fuerza.

En tercer lugar, quiero señalar que hay un factor base y transversal para el desarrollo sostenible, que es el crecimiento económico, que es necesario, aunque no suficiente, y que hay diferentes formas de crecer. Pero sin crecimiento económico es imposible alcanzar el desarrollo sostenible.

En cuarto lugar, y aquí me voy a cruzar un poco con los temas que planteó Sebastián, las políticas económicas y sociales requieren coherencia, acuerdos transversales y respaldo técnico para ser sostenibles en el tiempo. O sea, la sostenibilidad del desarrollo también hay que aplicarla al ámbito de las políticas públicas y también, como se dijo antes, es importante que las instituciones trasciendan a los Gobiernos, dado que esta visión de corto plazo que estos tienen los hace muy difícil dar sostenibilidad en el tiempo a los cambios legales y regulatorios.

Estos dos últimos puntos tienen que ver con el concepto de certeza jurídica, que es importante también para el desarrollo económico sostenible. Que haya certeza requiere que las medidas que se tomen tengan el debido respaldo técnico, resulten de acuerdos transversales y que existan instituciones que le den sostenibilidad en el tiempo más allá de los Gobiernos.

Finalmente, la sostenibilidad de las finanzas públicas responde a la misma lógica de la sostenibilidad ambiental y debe resguardarse de la misma forma, con la misma fuerza, tanto en el ámbito de las discusiones públicas como en la discusión del medioambiente. Si bien es una tarea mucho más difícil, no hay que bajar los brazos en esa batalla intelectual de ir y rescatar permanentemente la importancia de la sostenibilidad de las finanzas públicas y del crecimiento económico.

JOSÉ LUIS CEA

Muchísimas gracias, Hermann. Muy valiosa tu exposición. Nos agrada mucho que sean complementarias, eso enriquece la discusión. Estamos en situación de iniciar nuestra conversación. Nicolás, ¿quieres iniciar esta conversación?

NICOLÁS COBO

Sí, me gustaría hacer un pequeño comentario a partir de lo que se ha señalado en estas interesantes exposiciones. Me parece que se han visto de manera breve, pero importante, los desafíos y contextos del desarrollo y la sostenibilidad. Estamos frente a conceptos como la multidimensionalidad, lo complejo, la interrelación —estoy levantando algunas ideas que señalan por ustedes—; así como también ante la institucionalidad, los contrapesos, la consideración de los técnicos, la diversidad, lograr la generación de mínimos comunes, la conciencia y claridad de que los bienes son escasos, la visión intergeneracional, la consideración de las políticas públicas, los impuestos, el uso de recursos, mantener una deuda sostenible, la conciencia también del aspecto jurídico, la importancia de la certeza jurídica.

Todos esos elementos, y otros más que ustedes agregaron, describen muy bien varias aristas de lo que enfrentamos como sociedad para buscar un equilibrio entre desarrollo y sostenibilidad. Pero hay que entender que ustedes, como economistas, vienen de una disciplina más ordenada que la nuestra, esa es una cosa que me gusta: el saber plantear un problema es la mitad de su solución.

Entonces, ¿cuál es el problema que tenemos? ¿Cómo es posible que nos divida tanto algo que debería generar consenso? Ustedes además explicaron la perspectiva multidimensional. Entonces empiezan a aparecer algunos elementos que ustedes mencionaron muy bien, como el populismo, la necesidad de que el sistema político arbitre esto. Surge así el verdadero desafío político, los horizontes que tienen los sistemas electorales, el populismo —que es una tendencia preocupante en la región e incluso fuera de ella—. Aparecen también conceptos que vienen de una disciplina más cercana a la de ustedes, como lo es de la «tragedia de los comunes», lo que describió Garrett Hardin hace cincuenta años o más, pero también recupera Elinor Ostrom, la premio Nobel de Economía, que propone una perspectiva más dialogante en la base de la comunidad. Preguntémosnos, hagamos un sistema de consultas directamente a la comunidad respecto de cómo resolver esta tragedia de los comunes, en el fondo, si quieren, empujando esto hacia algún lado para que nos lleve a alguna de las orillas, que es la tragedia de la política, que tiene todos los incentivos para tomar decisiones de corto plazo para un electorado y absolutamente ninguno para ir hacia horizontes improbables, por sobre los cien años, por ejemplo, y pensar en nuestros tataranietos. Entonces, ustedes ven cómo hay una disyuntiva.

Iba a proponer una figura, si me permiten: la tensión entre el oso panda y la deuda pública. Si se muere un oso panda, va a salir en la prensa mundial una y otra vez, porque es muy importante: el oso panda es algo que figurativamente llama mucho la atención, causa empatía. Pero la deuda pública no la produce. La deuda pública futura, la que van a pagar las generaciones futuras y no solo en cien años más, los hijos o los nietos de esta generación, es una creciente amenaza de sobreendeudamiento, porque en los últimos años incluso se está aceptando que las deudas públicas estén pasando por sobre el 100% del PIB. Son deudas impagables, por lo menos con estos niveles de productividad. En varios países, mucho más productivos que nosotros, están enfrentando este desafío.

Entonces, ya planteando ese problema, hay un contexto muy desafiante de un sistema político que no tiene ningún incentivo claro para enfocarse más allá de su meta electoral inmediata o la reelección de su coalición. Por ejemplo, consideremos todo el debate que hoy tiene la política chilena: estamos hablando de cosas muy importantes, de pensiones, de gratuidad, de derechos sociales, pero ese es el desafío de un grupo que logra, por medio del *public choice*, una ventaja por encima de otro grupo u otra generación, por temas de subsidios directos a un grupo pequeño u otro sector. Todos son temas relevantes, pero desde una perspectiva particular, de corto plazo, inmediata, inminente, y se pierde esto.

Entonces, ¿cómo hacemos para conciliar estos desafíos, que se armonice el corto y el largo plazo? Lo veo con cierta incertidumbre. En la tragedia de los comunes de Hardin se observa un enorme pesimismo, pero no es el único que ha proyectado horizontes muy negativos, como el que sostiene que se va a acabar la comida, y, sin embargo, hay una posibilidad de generar más alimentos de lo que se pensaba por la revolución verde, porque hay una enorme capacidad de innovar y resolver los desafíos, pero estamos entrampados. El sistema político de democracia representativa, aun con las reformas que se hicieron en los últimos años, no nos está permitiendo tender a un horizonte y ante un desafío multidimensional y complejo. Eso es lo que me interesaría que conversáramos, si les parece.

JOSÉ LUIS CEA

Estupendo, muchísimas gracias, Nicolás. No sé, Francisco, si tú quieres agregar algo...

FRANCISCO BLAVI

Me parece muy interesante lo que plantea Nicolás, quizás sería necesario agregar solamente una variable. ¿Existe consenso entre los expertos en cuanto al diagnóstico? Es súper interesante la pregunta de Nicolás de cómo se resuelve el problema y pareciera ser que depende de un componente más político que técnico. Pero me gustaría que pudiesen abordar si es que existe consenso entre los expertos respecto del diagnóstico, es decir, el problema. Si efectivamente hay un problema de cambio climático, si hay un problema de política fiscal. ¿Cuánto de esto obedece al criterio de políticos que, de alguna forma, no escuchan o escuchan solo lo que quieren escuchar? ¿Cómo llegamos a ese consenso de ser ese el caso?

JOSÉ LUIS CEA

Muy interesante, Francisco.

Tengo muchas preguntas que voy a tratar de resumir. Me aflige, me inquieta el concepto de sostenibilidad en los términos que hemos escuchado. Lo anterior hace eco de la inquietud que escucho sobre los presupuestos de esa sostenibilidad. ¿Qué llamo yo presupuestos? Un consenso político, social, económico que permita que las políticas públicas se puedan desarrollar de manera continuada, permanente y sin los trastornos o quiebres del sistema que Chile tiene cada 30 o 40 años. Pienso en Chile, sobre todo, y también el mundo entero. Ustedes ven cómo nosotros hemos despreciado todo lo que fue el proceso que se inicia en la Transición y que ha sido considerado un éxito mundial, pero ha sido descalificado por muchas personas, lo que fue agravante de la situación de pobreza, de miseria, que se tuvo en Chile. En dos palabras, ¿cuán de acuerdo están sobre la calidad de la política para apoyar, para impulsar el acuerdo, el consenso, el entendimiento en torno a una sostenibilidad más o menos permanente que permita el desarrollo humano en el sentido antes expuesto?

La segunda inquietud mía es en qué medida está concientizada la intelectualidad política, social y económica respecto de esta sostenibilidad. Comienzo por los economistas. ¿Todos ellos comparten ciertas ideas sobre democracias económicas fuertes, vigorosas, o hay algunos que, por ejemplo, no comparten esto? Axel Kaiser habla de estos extranjeros que vienen a Chile a predicar lo que no pueden hacer en sus países y se esconden después de que fracasan. En el caso concreto del plebiscito del 4 de septiembre no se sabe nada de ellos, pero trataron de hacer de Chile un laboratorio.

Políticos, abogados, economistas, sociólogos, científicos políticos están hoy conscientes de que hay que llegar a una sostenibilidad compartida y no tratar de imponer un determinado punto de vista, generalmente de carácter ideológico, que no es la sostenibilidad, porque es el conflicto, la lucha, la marginación, la exclusión. Y entonces les pregunto si los economistas son más o menos mayoritariamente coincidentes en que la economía tiene que ser cautelosa de las generaciones futuras. No podemos seguir diezmado la naturaleza, pero tampoco debemos caer por ello en el panteísmo que tiene la propuesta constitucional. Tenemos que cuidar los recursos naturales, especialmente, los no renovables.

Una tercera inquietud, y con esto termino, es que debemos preguntarnos si estamos a tiempo o es ya tarde. ¿Estamos a tiempo para emprender la tarea de la sostenibilidad en los términos que ustedes han señalado, pensando sobre todo en el futuro ecológico y de las generaciones por venir, o ya está demasiado comprometido, demasiado diezmado el ambiente? Están en bancarrota el espíritu de entendimiento, las relaciones de solidaridad y ayuda; está quebrado el Estado, de manera que es realmente casi una quimera, un sueño, pensar en una sostenibilidad más allá de lo que se puede escribir, se puede enseñar, se puede predicar, porque en las políticas públicas no se materializa, no se concreta.

En otras palabras, ¿qué hacer para partir desde cero prácticamente? Porque veo que la sostenibilidad es una brillante, alentadora, plausible idea, pero difícil de llevar a la práctica, dado el timbre de división, de resentimiento, de odios, de ideologías, de populismos que existe.

Quiero ser franco y darme a entender. Con el actual Gobierno, no tenemos posibilidad alguna de sostenibilidad. Esos Gobiernos no son inmaduros, sino incompetentes para llevar a cabo las políticas públicas que se exigen para la sostenibilidad y tener un desarrollo. No veo ninguna referencia al desarrollo en las políticas públicas, no tiene políticas públicas robustas, no las veo por ninguna parte.

Entonces, este es un punto que pongo de ejemplo concreto y práctico para que aterricemos, de la mejor manera posible, cuán dramático es el momento del mundo. Cuán conscientes estamos de la destrucción de la naturaleza, de los recursos humanos, del perjuicio inmenso que se está creando para las generaciones futuras, de la irresponsabilidad política, social, económica de las generaciones presentes. Pero no veo, no capto una reacción proporcionalmente contundente y vigorosa para rectificar. Esas son algunas de las inquietudes que me dejan las muy interesantes exposiciones de ustedes.

FRANCISCO BLAVI

Don José Luis, me gustaría agregar una pequeña consideración a lo que usted acaba de decir. Mi pregunta, en esa misma línea sería: ¿esto es la crónica de una muerte anunciada? ¿Podemos postergarla, mediante políticas públicas parche, pero vamos encaminados a la perdición, todos caminando hacia el abismo? ¿O efectivamente hay una forma de llegar al desarrollo sostenible?

Lo pregunto porque hace algún tiempo hablaban de cómo el hecho de cambiar el domicilio de ciertas sociedades a regiones permitiría pagar una patente comercial en otras zonas más necesitadas de Chile, que así podrían obtener recursos de una forma simple. Uno advierte que existen pequeños ajustes que parecieran mucho más fáciles y menos engorrosos, menos políticos incluso, pero en definitiva uno no sabe si esto es un pequeño parche o si son medidas que efectivamente están sanando la herida.

JOSÉ LUIS CEA

Bueno, no sé si ustedes, Sebastián, Hermann, puedan ya iniciar las respuestas a estas inquietudes, o bien plantear ustedes otras inquietudes.

SEBASTIÁN CLARO

Son temas muy interesantes y difíciles, no esperaba menos. Pero vamos a tratar de ensayar acá algunas reflexiones al respecto.

Veo un cierto pesimismo en los comentarios de ustedes. Pero creo que hay que mirar el asunto con un poquito de distancia. Es cierto que hay problemas grandes, pero hace cincuenta años había problemas más grandes y hace doscientos años había problemas más grandes todavía. Hoy el mundo ha elevado sustantivamente los niveles de vida de grandes masas de la población, y no estoy hablando de los últimos treinta o cuarenta años en Chile, sino de muchos años en el mundo. A partir de un desarrollo industrial, por ejemplo, muy significativo, después de toda la pobreza que fue dominante en el mundo hasta el siglo XVIII o XIX, por decirlo de alguna manera. En un sentido muy literal, esa pobreza fue más cuidadosa con el medioambiente, pero no han podido recalificar que todo el desarrollo en la Edad Media, con las pestes, las muertes, la pobreza, el sufrimiento, fue también un mundo más sostenible que el que vivimos ahora. Entonces, creo que hay que ponderar un poquitito, es cierto que estamos frente a muchas dificultades, pero no sería en principio tan negativo respecto del desarrollo de la humanidad en el último siglo. Ustedes no lo han mencionado así, pero puede estar subyacente a los comentarios.

En las últimas tres décadas, por ejemplo, cuando uno mira lo que ha pasado en los grandes países, en Asia, en Centroamérica, en Sudamérica —bueno, Sudamérica es quizás un ejemplo más complejo—, ve que países que eran muy pobres en los años sesenta, setenta y ochenta han logrado, a partir de reformas importantes, de apertura, etcétera, aliviar la carga económica y mejorar la calidad de vida de muchas personas. Quizás siempre se pueda hacer moviendo alguna tecla de manera distinta para que, por ejemplo, los temas climáticos o del medioambiente no se deterioren tan rápido, pero me parece que, sumando y restando, no haría un juicio de que estamos partiendo del fondo del pozo. Eso no significa que el tema sea fácil, pero creo que ahí hay un tema que es importante reflexionar.

Segundo, ¿por qué estos temas aparecen hoy con tanta fuerza? Hay algunas hipótesis que yo creo que sería interesante poner sobre la mesa. No tengo evidencia para sugerir grandes respuestas, pero una es que, efectivamente, hay un tema de cambio climático —no tengo el conocimiento para juzgar efectivamente qué porcentaje es natural, qué porcentaje es fruto del quehacer del hombre—. Estos doscientos años de industrialización que hemos vivido en el mundo, finalmente, son la causa de todos los males medioambientales para algunos científicos. Por lo tanto, esto es un tren que avanza a 150 km por hora y es imposible detenerlo, puede ser, yo no tengo los conocimientos para cuestionar eso.

Pero acá voy a hacer una reflexión quizás un poquito más filosófica. También se ha apoderado de una parte importante del mundo un ecologismo particularmente fuerte, y ese ecologismo tiene visos de religión. Hay un vacío en la humanidad, un vacío en el hombre, y me da la impresión de que hay una necesidad de trascender muy fundamental, de alguna manera inherente a la persona humana, donde la religión, en parte, ha sido reemplazada por un ecologismo. Es como una nueva religión en un sentido de un nuevo espacio de trascendencia, como que la persona humana tuviera una necesidad de trascendencia y, de alguna manera, ha encontrado en esta visión extraordinariamente pura, una manera de lograrlo. Hay algo también en ese debate, porque lo que vemos no es solo a propósito de si hay consenso o no respecto de la necesidad de proteger el medioambiente, de que se encuentren ciertas soluciones, de impulsar con políticas públicas cierto enriamiento de los procesos productivos, sino que en muchos grupos hay un deseo de volver a una especie de etapa precolombina, en el caso de América Latina, o de subdesarrollo cuando hablamos del decrecimiento. Es como decir «mira, volvamos al subdesarrollo para vivir en un medioambiente más puro». Ahí veo una especie de sentimiento o percepción de permanencia en el tiempo que tiene unos ciertos visos religiosos.

Ahora, respecto del consenso, de si existe consenso político, consenso en los técnicos, etcétera, creo que no hay que sobredimensionar la técnica en el sentido de que los economistas no tenemos por qué estar de acuerdo en los objetivos a buscar, como tampoco ninguna profesión tiene que estar de acuerdo en sus objetivos. En lo que de alguna manera podemos estar de acuerdo es en cierta solución técnica a un problema que no es sencillo. Pero en todos estos temas de *trade off*, de prioridad, de este tema *versus* este otro, de la importancia del ecologismo *versus* la importancia fiscal, no hay un consenso, porque no son materias técnicas, son materias finalmente de prioridades, de prioridades personales, son materias más filosóficas, y ahí la economía, como profesión, no entra.

Entonces, a la pregunta de si hay conciencia de que estamos frente a un problema fiscal: sí, hay conciencia de que estamos frente a un problema fiscal. ¿Hay conciencia de que hay un tema medioambiental importante del cual hacerse cargo? Sí. ¿Hay consenso respecto de cuál es prioritario? No creo. ¿Hay conciencia de cuál es la manera óptima de equilibrar estos dos bienes y, en parte, sacrificar uno para poder darle al otro, etcétera? Me da la impresión de que no tanto. Entonces, creo que el *scope* del ámbito de consenso existe, pero en materias que son más pequeñas, no en estas materias que finalmente tienen un componente de valores y principios que son de alguna manera más personales.

Quiero terminar con un punto que me parece bien relevante, usando un ejemplo. Si hay algún proceso que, en mi opinión, ha sido positivo en la sociedad en los últimos cincuenta años en general, es la globalización. La integración de los países ha permitido grandes beneficios a la sociedad, de eso tengo pocas dudas. Pero entonces hay que hacerse la pregunta de qué es lo que explica este remezón que está teniendo la globalización en el mundo, que no es solo de que el TPP no se quiera aprobar, sino que es algo más común. Trump, muy antiglobalización —*Make America Great Again*—, es una respuesta a algo. Hay una interpretación que dice: «Mire, este señor apareció con sus ideas y...». Creo que hay que tratar de entender por qué aparecen estos grandes movimientos antiglobalización. En Europa vemos lo mismo. Creo que hay dos respuestas a eso. Una es la que yo traté de entregarles en mi reflexión inicial, que es que hay una cierta respuesta muy categórica de masas silentes de la población a esta política extraordinariamente identitaria y que termina sacrificando, de alguna manera, valores comunes. O sea, hay una reacción —y no estoy catalogándola como buena o mala, simplemente estoy tratando de hacer ver un fenómeno— cuando hay grupos identitarios que se toman las políticas públicas y cobran demasiado peso. Hay una mayoría silenciosa que finalmente termina respondiendo, y lo que vemos es un fuerte espacio en esa dirección.

Lo segundo, quizás entrando en las políticas públicas, es que nunca, por ejemplo, la apertura comercial ha sido entendida como beneficiosa para todos. Hemos sabido desde David Ricardo que la apertura comercial deja beneficiados y perjudicados, todo el arte del libre comercio es que los beneficios son mayores que las pérdidas, pero hay un desafío de reasignación o de compensación, de mitigación a grupos perdedores, que es parte del principio kaldoriano. Kaldor es un pensador que dice: «Mira, acá nosotros podemos tener una solución de Pareto, pero la política pública también debe hacerse cargo de mitigar en parte el daño a los perdedores», porque una cosa es sumar el beneficio de los ganadores, que más que compensa la pérdida de los perdedores, pero si no hay una política que, de alguna manera, mitigue ese daño, entonces empieza a crear grupos de perdedores que terminan siendo extraordinariamente agresivos en contra de estos procesos.

Entonces, a lo mejor lo que ha pasado no es que la globalización haya sido negativa —creo que ha sido muy positiva—, sino que las políticas públicas, la discusión pública, la discusión económica, no han puesto suficiente hincapié en grupos de la sociedad que se van quedando demasiado atrás. La globalización es un proceso que le entrega muchas herramientas y ventajas a quienes tienen más educación. Hoy, a los niños chilenos les gusta el Manchester United, el Barcelona y el Real Madrid. Hace cuarenta años no podíamos ver al Real Madrid en televisión y hoy se puede ver. Entonces, a nadie le interesa el Audax Italiano y no va nadie a su estadio. ¿Qué terminó pasando? La globalización hizo que el mejor se quedara con todo: mil millones de personas ven el partido del Real Madrid y ocho ven el de Palestino. Entonces, el mejor tiene un tremendo espacio para ganar.

Termino con esto: a lo mejor el gran error ha sido que no ha habido suficiente atención para esos grupos que han tenido menos educación, menos posibilidades. No hemos podido subirlos al carro de la globalización, del proceso del desarrollo económico, y esos grupos, cuando se ven tan perjudicados, terminan respondiendo con mucha fuerza.

Entonces, no es una crítica global a estos procesos económicos, sino que es reconocer que, cuando esos grupos terminan tan dejados de lado, es imposible avanzar, se hace más difícil avanzar.

En la política internacional aparece un poco de eso. El gran desafío de la democracia es ese, y la gran dificultad es que aparecen unos señores en China que dicen: «Yo les vengo a ofrecer acá un proyecto alternativo», pero ese proyecto alternativo no es democrático, es autocrático, y dice: «Mire, entré-

gueme usted el poder a mí, pero yo a cambio le voy a dar soluciones». No, no nos vamos a entrapar en el barro, como están un poquito entrapadas las democracias occidentales. Pero hay una probabilidad de que las democracias occidentales, muy cuestionadas, reaccionen cuando aparece este flautista de Hamelin ofreciendo un sistema más eficiente, menos democrático, con menos libertades. Si las democracias occidentales no son capaces de generar estos mínimos comunes o no son capaces de encontrar una solución, si hay grupos de la población que son suficientemente importantes y no se han podido subir a este desarrollo porque no se han hecho los esfuerzos, entonces esos grupos pueden terminar generando un bloqueo al avance.

JOSÉ LUIS CEA

Muchísimas gracias, estupendo. ¿Hermann?

HERMANN GONZÁLEZ

Muchas gracias. Efectivamente, muy interesantes las preguntas. También trataré de dar algunas ideas, ojalá complementarias a las de Sebastián.

Primero, respecto del tema medioambiental. Es sabido que en el tema medioambiental dependemos de las grandes potencias, que son también los grandes contaminantes. Es bien poco lo que podemos hacer como país para contribuir a la reducción de gases contaminantes, nuestra contribución es muy menor y la mayoría de los países del mundo estamos en la misma situación: esto depende de Estados Unidos, Europa y China, especialmente. Europa, con mucha más conciencia que el resto de los países, está avanzando más rápido. Estados Unidos depende un poco más de quien esté en el Gobierno y China está más atrasada en el cumplimiento de estos objetivos. Pero, al final, ahí está la discusión. Es decir, hacia dónde vamos en el futuro depende de estas tres grandes potencias. Desde Chile avanzamos hacia la carbononeutralidad, pero en realidad, el aporte que hagamos al cambio climático es marginal.

Soy optimista respecto de la conciencia que hay en relación con el cuidado del medioambiente, es algo bueno que uno lo ve en los niños, en las nuevas generaciones. Siempre que no se vaya a un extremo, tomar conciencia del cuidado del medioambiente es algo positivo. Sobre todo, soy optimista respecto de los cambios tecnológicos que están permitiendo en distintas partes del mundo ser más eficientes, producir más contaminando menos y causando menos daño al medioambiente y, por lo tanto, generando mejores condiciones

de vida con recursos que sabemos escasos. El grueso de mis expectativas es optimista respecto de que esta situación tiene que ver con la innovación, con el cambio tecnológico que está permitiendo, como comentaba en mis palabras iniciales, este desacople entre crecimiento económico y emisiones. Eso en particular me tiene optimista.

Respecto de la situación local, tiendo a coincidir en que el problema político es bien grave, en el sentido de que las decisiones de corto plazo están primando sobre decisiones de más largo plazo. Es necesario tomar estas últimas, pero el sistema político empuja en otra dirección. Los retiros de fondos previsionales son un gran ejemplo de una mala política pública, empujada por el sistema político, donde ni la institucionalidad ni los expertos fueron capaces de frenarlos, una política muy populista, muy riesgosa. También creo que la política de transferencias universales del Gobierno fue una mala política pública, ni siquiera el Gobierno se salvó de eso. Las consecuencias las estamos viendo hoy: una economía sobrecalentada, una inflación que superó el 14%, un déficit de cuenta corriente inédito, etcétera. Hay un aprendizaje en todo esto, hoy sabemos cuáles son las consecuencias de ese tipo de políticas sobre las tasas de interés, la inflación, el déficit de cuenta corriente, entre otras variables.

Ahora, como señalé brevemente al principio, concuerdo con Sebastián en que es muy difícil que los economistas estemos de acuerdo respecto a las políticas particulares que hay que tomar. Hay bastantes diferencias, pero hay cierto acuerdo en materia de grandes principios, no hay diferencias tan sustantivas en ello. Uno puede encontrar consensos, no absolutos, pero parciales y, eventualmente, mayoritarios. Creo que, eso sí, nosotros mismos, como técnicos, tenemos que aprender a no opinar sobre temas que no conocemos y a no mezclar las diferencias políticas con los conocimientos técnicos, ese un gran desafío para todos nosotros porque, en algunos casos, esa actitud ha ido invalidando ciertas opiniones técnicas.

Para ir cerrando, quiero decir dos cosas. Primero, que respecto del futuro de Chile y del desarrollo sostenible en nuestro país y de la búsqueda de acuerdos, estoy más optimista que antes del 4 de septiembre. Si se aprobaba la propuesta constitucional, iba a ser muy negativa para el país y para el cumplimiento de estos objetivos de desarrollo sostenible. El rechazo a esa propuesta me hace estar optimista también respecto de que es posible lograr acuerdos, con sentido común, cuando el país se enfrenta a una mala propuesta. En ese sentido, creo que la señal que dimos, por ejemplo, para el resto del mundo, especialmente para la región, es bien positiva.

El mensaje no es de izquierda ni de derecha. Me parece importante que el discurso de la centroderecha también se haga cargo de los grupos que mencionaba Sebastián, más marginados, más desplazados de la sociedad. Que la centroderecha, como sector político, hable de crecimiento económico, es absolutamente insuficiente. La conciencia social, los problemas en la educación, en el acceso a la salud, en las dificultades que enfrenta la población más vulnerable para acceder a transporte público, en la desigualdad de trato, son temas que la centroderecha también debe hacer suyos y proponer medidas para superarlos.

Por último, quiero señalar respecto a la pregunta del profesor en relación al modelo de desarrollo económico. Creo que este Gobierno, en particular, ganó las elecciones sin mencionar la palabra *crecimiento*. Sí habló de un cambio en el modelo de desarrollo. Pero lo que le pasó, al igual que en muchas otras áreas, es que se encontró con la realidad. Ese choque con la realidad fue aún más fuerte después del rechazo de la propuesta constitucional. Ahí, el país dijo «no» a la forma en que se estaba llevando a cabo el Gobierno y, en ese sentido, de a poco se han tenido que volver a tomar en consideración los temas más tradicionales, como el crecimiento económico y la responsabilidad fiscal. En ese sentido, estos cambios que hemos tenido en este último tiempo han sido positivos en materia del enfoque que dará el Gobierno a las políticas públicas. Tendremos que discutir, por ejemplo, reformas en el Congreso bien importantes; y en el Senado, en general, el nivel de la discusión es mucho mayor. Por lo tanto, si bien hace uno o dos años estábamos pensando en cambios bien radicales en el modelo económico chileno, por lo que ha pasado en los últimos meses esos cambios, eventualmente, van a ser más moderados y podrían, incluso, ser para mejor, para el bien de nuestro país.

JOSÉ LUIS CEA

Estupendo, muchísimas gracias, Hermann. No sé, Nicolás, si quieres agregar algo...

NICOLÁS COBO

Solo quiero agradecer a Sebastián y a Hermann y, desde luego, recoger lo que se ha dicho. Desde luego, la mirada pesimista y rígida de la realidad, que implica desconocer que las circunstancias pueden cambiar, que la tecnología, que, en fin, la humanidad ha superado mil veces desafíos enormes y más complejos que este. Entonces, claro, no hay que caer en el pesimismo, pero hay que enfrentar los problemas, ahí es donde reside el desafío de plantear adecuadamente un diagnóstico.

JOSÉ LUIS CEA

Bueno, no queda nada más que agradecerles nuevamente, por supuesto.
Quedan siempre inquietudes, pero es parte de la vida académica.